

Función autobiográfica de la lectura oral en la *Vida* de Torres Villarroel

La importancia de la tradicional fórmula de lectura oral que puede registrarse en la *Vida* de Torres Villarroel, es algo que tampoco se le ha escapado a un crítico tan agudo como Guy Mercadier. Junto con otras alusiones a su leyenda y fama de hombre público, dicha dimensión oral de la autobiografía torresiana convierte a su lector en «le dépositaire d'une tradition orale de la geste torrésienne»¹. De modo que, coincidiendo con la tesis de Sebold que ve en Torres «un artista original de primer orden, ... no por haber forjado formas literarias nuevas, sino por haber sabido adaptar a nuevos fines formas ya existentes»², apreciamos aquí un ejemplo de esa adaptación en miniatura, ya que no guarda relación con esas otras adaptaciones mayores que el mismo Sebold ahí señala en la *Vida* en cuanto a la literatura picaresca y la hagiográfica, para Mercadier «les modèles biographiques propres au domaine hispanique»³. Más allá de la leyenda oral *per se*, de esa «tradition orale de la geste torrésienne», sin embargo, quisiéramos aquí explorar otras repercusiones e insinuaciones textuales que encierra el uso de esa fórmula por parte de Torres y su autobiografía.

(1) Guy Mercadier, *Diego de Torres Villarroel. Masques et Miroirs* (Lille: Université Lille III, 1976), I, p. 378.

(2) Russell P. Sebold, «Mixtificación y estructura picarescas en la *Vida* de Torres Villarroel», *Insula*, XVIII, n° 24 (nov. 1966), p. 12.

(3) Mercadier, *lo. cit.*, p. 395.

Por lo pronto, sabido es que dicha fórmula solía colocarse al final o al principio de capítulo, a veces en el propio encabezamiento, tal como podemos observar en el capítulo LXVI de la segunda parte del *Quijote*, por ejemplo: «Que trata de lo que verá el que lo leyere o lo oirá el que lo escuchare leer»⁴. Indefectiblemente, Torres lo hace al final, si bien podemos registrar al menos una excepción en este sentido, pero no por haberla colocado al principio, sino más bien al final de un párrafo a mitad del quinto trozo: «... con el método, porfía y rigor que verá el que no se canse de leer o de oír»⁵. Está claro que semejantes alusiones a una lectura oral, colectiva, al lado de otra silenciosa e individual, responden a una larga tradición, mediante la cual se remediaba el analfabetismo, o acaso la incapacidad económica de algunos para costear libros, sin excluir que se tratase simplemente de una costumbre social, tal como parece ser el caso de la lectura de la «Novela del Curioso Impertinente» en la venta, para valernos de nuevo del texto cervantino. Igualmente claro está que el lugar estratégico en que se solía colocar la referencia a lo oral —otra vez, al final y comienzo de capítulos— tenía el principal propósito de animar al lector a seguir adelante con su lectura, invitándole e integrándole, de hecho, dentro del mundo textual mediante la alusión a esa su participación lectora. Con lo cual claro debe quedar también, y finalmente, la novedad torresiana aquí, pues al aplicar a un texto autobiográfico esta fórmula tradicional que incluye a un lector sin libro en mano, el resultado será, en efecto, el de ampliar aún más el radio de su fama y leyenda, de la que, para volver a lo apuntado por Mercadier, forma parte justamente la aportación oral.

(4) Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha* (Madrid: Ediciones Atlas, 1948, a cargo de Francisco Rodríguez Marín), II, cap. LXVI, tomo VIII, p. 139.

(5) Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras* (Madrid: Castalia, 1972, edición a cargo de Guy Mercadier), p. 206. Citaremos siempre de esta edición, colocando la página entre paréntesis tras la cita en lo sucesivo.

Conviene precisar la importancia que tiene en la *Vida* esa insistencia en una posible lectura oral. No es que Torres sin más eche mano de otro recurso del pasado y lo acople a un nuevo fin, sino que lo hace con suficiente interés como para llamar la atención. En este sentido, no deja de ser curioso que el propio Mercadier nada comenta al respecto en las notas de su edición de la *Vida* que responden a esos finales de capítulo, o trozos, como los llama Torres, y tampoco lo hace Chicharro en la suya, para citar dos ediciones recientes y a la vez rigurosas. También a nosotros se nos pasó dicha importancia en el apartado de nuestro libro que dedicamos a «La leyenda y la invectiva»⁶, pese a suponer indudablemente un apoyo a nuestra tesis ahí que ve la estructura autobiográfica de la *Vida* como la de una confesión mundana destinada más que nada y sobre todo a una apología jactanciosa. Conviene, decíamos, no perder de vista otra vez esa insistencia torresiana en la posibilidad oral de su autobiografía: «Entré crecido, fuerte, robusto, gordo y felizmente sano en la nueva fatiga, la que seguí y finalicé como verá el que quiera leer u oír» (p. 74); «Las aventuras que fueron sucediendo a mi vida, las verá el que leyere u oyere el tercer Trozo que se sigue» (p. 96). Y si estos dos ejemplos plantean esa alternativa oral de forma directa, el texto no dejará de brindar otro caso en el que esa lectura en voz alta quedará al menos implícita: «Los nuevos sucesos, acciones y aventuras que pasaron por mí en la nueva vida a que me sujeté en Salamanca, lo verá en el siguiente y penúltimo trozo de ella, el que no esté cansado de las insipideces de esta lección» (p. 133). Esta última palabra, máxime de la pluma de un catedrático, es, naturalmente, la que podría estar aludiendo una vez más a la dimensión oral que en las dos primeras citas queda del todo explícita. Al no poder descartar del todo la ambigüedad aquí del término «lección», que también puede concebirse como escritura,

(6) Eugenio Suárez-Galbán Guerra, *La Vida de Torres Villarroel: literatura antipicareasca, autobiografía burguesa* (Chapel Hill: Estudios de Hispanófila, University of North Carolina, 1975), pp. 67-72.

no tenemos más remedio que admitir lo oral ahora sólo como posibilidad, aunque se entiende que Mercadier no haya vacilado en incluir también este ejemplo al lado de los otros dos dentro de «les formules conclusives de trozos»⁷, sin detenerse en buscar posibles diferencias o modificaciones en este sentido. En todo caso, una doble acepción (escrita y oral, o auditiva, si se prefiere) de «lección» resulta más consustancial aún con esos dos ejemplos anteriores, pues semejante interpretación receptiva a ambas posibilidades, no hace otra cosa que continuar esa doble dimensión lectora que los dos casos anteriores dejan del todo explícita, al igual que aquel otro en medio del quinto trozo que antes señalábamos. Por lo demás, el que Torres esté recurriendo aquí a una determinada tradición literaria que incluye ambos tipos de lectura, también podría reforzar esa posibilidad oral, la cual, dicho sea de paso, se posibilita también con el uso del verbo «decir» al final de la «Ascendencia de don Diego de Torres»: «Y ya que he dicho de dónde vengo, voy a decir lo que ha permitido Dios que sea» (p. 68).

Es verdad, por otro lado, que dicha fórmula, a la que le estamos dando tanta importancia aquí, desaparece de la *Vida* a partir de ese final del tercer trozo, lo cual, sin embargo, más que negar ésa su trascendencia autobiográfica a la luz de la estructura apologética-jactanciosa, nos resulta iluminadora de otro aspecto estructural de la obra, relativo a su misma extensión, aspecto que no escapa ahora a los dos encargados de edición mencionados, como veremos. El propio, Torres, no obstante, ofrece ya un claro indicio de cierta indecisión en cuanto al plan definitivo de su autobiografía, al adelantar en la última frase del tercer trozo ya citada que el próximo, o cuarto, será el «penúltimo» (p. 133). Ni Mercadier⁸, ni Chicharro⁹, como ade-

(7) Mercadier, *Diego de Torres Villarroel*, p. 376.

(8) Mercadier, *ed.cit.* de la *Vida* de Torres Villarroel, nota 134, p. 133.

(9) Dámaso Chicharro, *Diego de Torres Villarroel, Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras* (Madrid: Cátedra, 1980), nota 157, p. 182.

lantamos ahora nosotros, pasan por alto la indecisión del narrador aquí ante la futura evolución de su obra, si bien el primero, siempre más cauto, se limita a la insinuación interrogativa, mientras que el segundo afirma sin más que el narrador tiene la intención de poner punto final a su *Vida* al terminar el cuarto trozo¹⁰, pero sólo para revocar Torres esa decisión y añadir un quinto trozo pasados unos años, y el sexto todavía unos años después, mediando en total quince años entre la publicación de los primeros cuatro trozos en 1743 y la de ese sexto en 1758, habiendo aparecido el quinto en 1750, según anota estas fechas Mercadier¹¹. En efecto, ese final del cuarto trozo se presta a semejante interpretación de un final definitivo de obra, y, en efecto una vez más, resulta plausible la teoría de Chicharro, según la cual fue el tropiezo con la Inquisición a propósito de *Vida natural y católica* lo que instó a Torres a continuar su autobiografía¹². Con lo cual se resuelve el porqué de ese abandono de la fórmula tradicional para una lectura oral a final de capítulo, sin en ningún momento implicar cualquier disminución de su importancia, ya que sencillamente no habría más lectura hasta surgir ese percance, o al menos, no la habría de acuerdo

(10) Chicharro, *ibid*, nota 121, p. 220.

(11) Mercadier, «Introducción biográfica y crítica», *ed.cit.*, pp. 35-37.

(12) Chicharro, «Introducción», *ed.cit.*, pp. 73-77.

Plausible, pero problemática también, nos resulta esta tesis de Chicharro, tal y como la expone el crítico ahí. Abarcar este asunto aquí en su totalidad, exigiría una nota demasiado extensa para el presente trabajo, alcanzando, de hecho, las dimensiones de un pequeño artículo que con el título de «Sobre un supuesto cambio en la *Vida* de Torres Villarroel» apareció en *Bulletin Hispanique*, XCVIII, 2: 1-10. Por el momento, nos basta con señalar que el crítico ahí, a nuestro parecer al menos, no nos prueba los resultados textuales de esa «inflexión importante» (p. 73) introducida por el caso inquisitorial que hacen variar los fines de Torres «que luego fueron, si no modificados del todo, sí matizados por las circunstancias» (p. 74). Por consiguiente, a falta de esa prueba textual, y aunque admitimos que el caso inquisitorial bien pudo ser motivo para que Torres retomara y continuara su *Vida*, no vemos razón, por otro lado, para siquiera modificar nuestra anterior afirmación que sostiene que la *Vida* «siempre mantiene su unidad de sentido y forma: confesión mundana arrancando de una apología con sus diversos ingredientes que aquí estudiamos» (*ob. cit.*, p. 68), conforme volveremos a insistir después otra vez.

al plan original de Torres. El caso que hemos registrado en medio del quinto trozo de esa fórmula oral, no obstante, bien podría servir como prueba de que, en efecto, Torres le sigue dando su debida importancia a la dimensión oral.

Conviene también recurrir a un argumento intertextual para seguir apreciando esta importancia que para Torres tiene esa dimensión oral que le otorga explícitamente a su *Vida*. Y es que cabría preguntarse porqué ese final de capítulo, con su fórmula oral-auditiva, no se registra en otras obras del autor que podríamos considerar, si no capitales, al menos importantes y representativas de su mejor quehacer literario. Ciertamente entrarían en esta lista las *Visiones y visitas*, y otras menores a ésta y a la propia *Vida* en cuanto a la pretensión y el logro literarios, tales como *Barca de Aqueronte*, *Correo del otro mundo*, *Sacudimiento de mentecatos*, *Último sacudimiento*, *Historia de historias* o *Soplo a la justicia*. Tampoco se trata de agotar ahora los quince tomos de la *Obra completa* de Villarroel, pues nos basta con señalar que en éstas sólo aparece la alusión a la lectura individual y callada: «... y le dije a mi discreto difunto lo que verá el que quisiere leer»¹³; «... y empezó el juicio por la tropa mayor de condenados, que fueron los que verá V. si prosigue leyendo»¹⁴. A lo sumo, habrá una alusión al lenguaje hablado, que puede interpretarse figurativamente como el escrito, tal como dijimos se posibilita en la *Vida*, tanto al final de la «Ascendencia» con «decir», y del tercer trozo con «lección»: «... y lo dicho dicho»¹⁵. No obstante, y para insistir en ello, la fórmula en su manifestación explícita que vimos en dos ocasiones en la *Vida*, no vuelve a registrarse.

(13) Diego de Torres Villarroel, *Visiones y visitas de Torres con don Francisco de Quevedo por la corte* (Madrid: Clásicos Castellanos, Espasa-Calpe, 1966, ed. de Russell P. Sebold), p. 61.

(14) Diego de Torres Villarroel, *Barca de Aqueronte*, en *Barca de Aqueronte, Correo del otro mundo, Sacudimiento de mentecatos, Último sacudimiento, Historia de historias, Soplo a la justicia* (Madrid: Espasa-Calpe, 1968, ed. a cargo de Federico Sainz de Robles), p. 37.

(15) *Correo del otro mundo*, en *ibíd.*, p. 105.

De modo que, al contribuir a su leyenda, como ha señalado Mercadier, la función autobiográfica de la fórmula tradicional para una lectura oral, a la que Torres claramente atribuye una indudable importancia en la *Vida*, vuelve a subrayar la estructura y el fin confesional-apologético-jactancioso del texto. Que otras obras significativas de Torres carezcan de semejante fórmula, subraya ahora la importancia que Torres atribuye a su autobiografía, pero no tanto como libro que iba a resumir y recoger su vida, sino, una vez más, como obra destinada a justificar esa existencia suya, y dejar constancia de su valía personal y profesional. Por obvio como parezca esa relación entre tradición oral y fin autobiográfico autolaudatorio, convenía explicarla de una manera lo más clara posible, pues constituye una singular muestra de la lucidez con que Torres logra dobligar a su fin peculiar un determinado estilo, recurso, técnica o tradición literaria. Y convenía hacerlo además, para volver a insistir en la nitidez genérica con que Torres escribe su autobiografía, dentro, por supuesto, de la natural flexibilidad de todo género literario. Es decir, toda teoría que sostenga que Torres vacila en este sentido, alterando, o de cualquier otra manera cambiando, o si quiera modificando de forma notable, su adhesión en la *Vida* al género —o subgénero autobiográfico, si se prefiere— de la apología mundana, tropieza inevitablemente con la prueba textual que sostiene lo contrario, a la cual vendría a sumarse ahora ésta de la fórmula oral. Y si antes nos oponíamos en este sentido a la conjetura de Segura Corvasi, que suscita la posibilidad de que Torres haya cultivado la leyenda, sustituyéndola en un determinado momento con la autobiografía propiamente dicha, así como a la idea de Sergio Fernández, que mantiene que la *Vida* es en parte una fingida picaresca que se torna igualmente autobiografía en un momento dado¹⁶, aquí,

(16) Suárez-Galbán Guerra, *ob. cit.*, p. 68. Para los trabajos de los dos críticos a cuyas ideas nos oponemos ahí, véase Sergio Fernández, «*Vida* de Torres Villarroel», *Universidad*, n.ºs. 16-17 (mayo, 1959), pp. 31-38, y especialmente, p. 34, y E. Segura Corvasi, «Ensayo crítico de la obra de Torres Villarroel», *Cuadernos de literatura*, VIII, n.ºs. 22-24 (julio-dic., 1950), pp. 125-164, especialmente, p. 150.

como ya dijimos en la nota 12, nos oponemos a semejante cambio estructural como el que ve Chicharro, para quien la *Vida* también tiene partes «más novelesca [s] que otra cosa»¹⁷. Matizada como nos presente su tesis ahí el crítico, no lo es lo suficiente hasta negar una diferencia notable con el resto de la obra. Con lo cual Chicharro vuelve a la consabida confusión entre autobiografía y novela que tanto caracterizó a su vez la confusión ante la *Vida* por parte de la crítica en antaño, y de la cual vendría ahora hacer una prolongación la de Chicharro, junto con la de Segura y Fernández.

Por otro lado, el que Torres incluya a un público en principio no lector para su autobiografía, además de reflejar otra vez la enorme ansia de fama, y su fondo de inseguridad que la sostenía, para así resumir lo que ya explicamos con más detalle en otro lugar¹⁸, aporta simultáneamente otra información autobiográfica que tampoco debemos dejar pasar por alto en un intento de extraer de la fórmula oral que manifiesta la *Vida* sus máximas consecuencias textuales. Para empezar, y aunque nos sea imposible alcanzar una conclusión definitiva en este sentido, el asunto no deja de suscitar ese aspecto comercial de Torres que Marichal señalaba como inconfundible signo de su condición burguesa, a saber, esa capacidad que tenía Villarroel para vender sus libros¹⁹, tema, sin ir más lejos, con el que inicia el mismo «Prólogo al lector» (p. 49), según se recordará. Podría argüirse que incluir al lector no libresco dentro de esa venta hábil es en sí mismo muestra de la capacidad comercial de Torres, o podría argüirse lo contrario, según se vea el negocio: ya que no pueden leer o comprar libros, alguien se los leerá, pero también es cierto que la lectura oral puede significar por cada ejemplar varias personas, y éstas podrían incluir letrados, potenciales

(17) Chicharro, «Introducción» a su *ed.cit.*, p. 74.

(18) *Ob. cit.*, cap. II, pp. 57-85, y más específicamente, «Reflexiones finales», pp. 83-85.

(19) Juan Marichal, «Torres Villarroel: Autobiografía burguesa al hispánico modo», *Papeles de Sons Armadans*, CVIII (marzo, 1965), p. 300.

compradores, pues, que eligen esa vía auditiva, por las razones que fueran —continuar esa tradición de lectura en voz alta, entre ellas— pero no la económica, en principio, al menos, ya que parece bastante presumible que un letrado no careciera de suficientes recursos económicos hasta poder costear un libro. Sobre esto último nos ocuparemos enseguida, tras dejar del todo claro antes aquí que es imposible llegar a una conclusión capaz de dilucidar si Torres, puestos nosotros a tener que decidir, favorecería más la venta que la fama, o viceversa. Suelen ir juntas, es verdad, pero también lo es que el presente caso que nos ocupa ahora encierra la posibilidad contraria. Y si nos detenemos en él aquí, se debe no sólo a que es un tema planteado por la fórmula oral, cuyas últimas repercusiones textuales ya hemos dicho queremos agotar, sino también porque, de poder llegar a una solución certera, ella podría verter luz sobre cuál de los dos factores —fama o dinero— interesaba más al autobiografiado. Luego, esa coincidencia usual de ambos dificulta la cuestión, incluso y acaso para el propio Torres a la hora de escribir, si es que llegó a planteársela. Lo único cierto es que la *Vida* revela una y otra vez dicha coincidencia, siendo la capacidad comercial-libresca justamente uno de los móviles que explican la fama del narrador, sin necesidad de recordarlo. Se trata, en todo caso, de valores identificados con la burguesía, de la que ofrece la *Vida* tan cabal ejemplo, conforme nos esforzamos por documentar en nuestro libro aquí citado, cuyo título de por sí basta para recordarlo, y a pesar de las objeciones de otro, de las que nos ocupamos en otro trabajo²⁰.

(20) En la nota 3 de «De la *Vida* de Torres a la de Lázaro de Tormes: burguesía y picaresca», trabajo que apareció en *REVISIÓN DE TORRES VILLARROEL*, ed. a cargo de Manuel María Pérez López y Emilio Martínez Mata (Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1998), pp. 141-154, y más concretamente aquí p. 147, nota 5, nos oponemos a la tesis de Ettinghausen, según la cual, y basándose el crítico en la *Vida*, Torres «is in fact less a solid member of a new middle class than a figure who like several adventurers in the seventeenth century- uncomfortably straddles the gap between the nobility at one extreme and the artisans, peddlars and *pícaros* at the other» (p. 26). Las razones por nuestro rechazo de semejante idea son fácilmente adivinables con sólo recordar el carácter burgués de la

Menos problemática nos resulta esa otra conclusión de un lector socio-económicamente humilde como el principal destinatario de la lectura oral, pues, en efecto, motivos económicos no parecerían susceptibles de convertirse en un obstáculo a la hora de comprar un libro en el caso de una persona letrada, o, si se prefiere, en la mayoría de semejantes casos. Con lo cual se registra aún otra implicación de carácter autobiográfico, reveladora asimismo de la psicología del narrador, como en el caso anterior del complejo de inferioridad, y de una inseguridad general, delatados por esa obsesiva ansia de fama. En realidad, habría que decir que esa inclusión del lector sin libro y de clase presumiblemente humilde, desvela más bien la psicología social del autobiografiado. Servicial, y hasta sumiso, frente a la aristocracia, de cuyo prestigio se vale también para abonar su obra y fama, al recordarnos que ese sector social se incluye entre sus lectores, como señala Mercadier²¹, implacable con sus enemigos, usualmente colegas de cátedra, aunque, como ya dijimos²², no descartamos que Torres haya exagerado las persecuciones de las que se proclama víctima, sin negar que padezca de veras «una manía persecutoria implacable»²³, la fórmula de lectura oral que se registra en la *Vida* con una conspicua importancia, delata ahora un Torres identificado con el elemento popular. Pero de nuevo esto, como todo en la autobiografía torresiana, al fin y al cabo, nos lleva a la apología jactanciosa: el hijo de un humilde librero, a su vez descendiente de seres algo picarescos, como el abuelo Francisco, especie de trotamundos que por fin se estabiliza social y económicamente al casarse con la viuda de su amo, pero también descendiente de aquel Roque, campesino que se

autobiografía torresiana que sostenemos a lo largo de nuestro libro, y se hace aún más firme nuestra oposición cuando Ettinghausen ofrece como ejemplos de esos aventureros del siglo anterior los nombres de soldados cuyas aventuras tampoco carecen en algunos casos de delincuencia y crimen (p. 328, n. 31).

(21) Mercadier, «Introducción biográfica y crítica», pp. 19 y 25.

(22) *La Vida de Torres Villarroel*, pp. 67-72.

(23) Mercadier, «Introducción biográfica y crítica», p. 27.

convierte en un *self made man*, para recordar esa ascendencia mixta de Villarroel, cuya importancia en este sentido ya estudió Sebold²⁴, habla a, y por, todos los humildes de cuna, asegurándoles que no ha olvidado ésa la suya. Al contrario, y como apunta ahora Mercadier, su nacimiento entre libros fija ya su destino autobiográfico²⁵, estructurando su *Vida* en torno a los libros que su padre vendía, y él escribía, así completando y complementando el ascenso social de la familia. Y así, como se habrá observado, reafirmando una vez más una mentalidad claramente burguesa, que preconiza el trabajo y esfuerzo propios como el criterio más valioso para el hombre, y su ascenso social, aun cuando la ya mencionada actitud sumisa ante la nobleza nos delate también una —otra— contradicción torresiana más a la luz de dichos valores burgueses, si bien, como es sabido, no sería Torres un caso aislado, sino que semejante paradoja, que no deja de recordar la del hidalgo manchego al llegar a la corte de los Duques, por cierto²⁶, es fácilmente registrable en una sociedad que retiene una jerarquía de clases, y registrable no sólo en la burguesía, como basta, para comprobarlo, recordar el caso de aquel personaje sindicalista de Buero Vallejo, Urbano, que termina revelando un complejo de inferioridad por su condición obrera²⁷, para traer el asunto a nuestros días.

Una vez más, se vuelve a manifestar de manera clara el cuidado con que Torres, extravagante y estrambótica como haya sido su personalidad, estructura su autobiografía, obra nada improvisada ni descuidada, como nos esforzamos por comprobar detenidamente a lo largo de nuestro libro, y contrario a lo que podrían dar a entender tales estudios ya citados que, regresando a una crítica ya superada, al menos a nuestro juicio, persisten en confundir formas generéricas, cuyas diferencias Torres

(24) Sebold, *art.cit.*, p. 12.

(25) Mercadier, *Diego de Torres Villarroel, loc. cit.*, p. 380.

(26) Cervantes, *ob.cit.*, II, XXXI, tomo VI, pp. 17-19.

(27) Antonio Buero Vallejo, *Historia de una escalera, en Teatro selecto* (Madrid: Escelicer, 1966), pp. 57-58.

da sobrada prueba en la *Vida* de haber tenido muy claras, pese a haber escrito su autobiografía en un momento en que el género entraba —y precisamente con Torres, entre otros que le seguirán— en su fase moderna²⁸. Tan así, que hasta un recurso tradicional como la fórmula oral de lectura, de carácter básicamente utilitario —estimular la lectura y participación lectora— se convierte en la *Vida* en un refuerzo más a ése su eje apologético-jactancioso.

EUGENIO SUÁREZ-GALBÁN GUERRA

(28) Véase «El valor autobiográfico de la *Vida*», pp. 121-134 y «La *Vida* y la autobiografía moderna», pp. 135-156 de nuestro *La Vida de Torres Villarroel*.

Obras citadas

- Buero Vallejo, Antonio. *Historia de una escalera. Teatro selecto*. Madrid: Escelicer, 1966.
- Cervantes Saavedra, Miguel de. *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha*. Ed. de Francisco Rodríguez Marín. 10 vols. Madrid: Ediciones Atlas, 1948.
- Chicharro, Dámaso. «Introducción» y «Notas». Diego de Torres Villarroel. *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*. Madrid: Cátedra, 1980.
- Ettinghausen, Henry. «Torres Villarroel's self-portrait: the mask behind the mask». *Bulletin of Hispanic Studies*, LV, 4 (1978): 321-328.
- Fernández, Sergio. «Vida de Torres Villarroel». *Universidad*, 16-17 (mayo, 1959): 31-38.
- Marichal, Juan. «Torres Villarroel: Autobiografía burguesa al hispánico modo». *Papeles de Son armadans*, CVIII (marzo, 1965): 297-306.
- Mercadier, Guy. «Introducción biográfica y crítica» de Torres Villarroel. *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*. Madrid: Castalia, 1972.
- Diego de Torres Villarroel. Masques et Miroirs*. Vol. I. 3 vols. Lille: Université Lille III, 1976.
- Sebold, Russell P. «Mixtificación y estructura picarescas en la *Vida* de Torres Villarroel». *Insula*, XVIII, 24 (nov., 1966): 7, 12.
- Segura Corvasi, E. «Ensayo crítico de la obra de Torres Villarroel». *Cuadernos de literatura*, VIII, 22-24 (julio-dic., 1950): 125-164.
- Suárez-Galbán Guerra, Eugenio. *La Vida de Torres Villarroel: literatura antipicaresca, autobiografía burguesa*. Chapel Hill: Estudios de Hispanófila, 1975.
- «De la *Vida* de Torres a la de Lázaro de Tormes: burguesía y picaresca». *REVISIÓN DE TORRES VILLARROEL*, ed. a cargo de Manuel María Pérez López y Emilio Martínez Mata. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1998: 141-154.
- «Sobre un supuesto cambio en la *Vida* de Torres Villarroel». *Bulletin Hispanique*, XCVIII, 2: 1-10.
- Torres Villarroel, Diego de. *Visiones y visitas*. Ed. de Russell P. Sebold. Madrid: Espasa-Calpe, 1966.
- Barca de Aqueronte et al.* Ed. de Federico Sainz de Robles. Madrid: Espasa-Calpe, 1968.
- Vida*: ver arriba Mercadier, Guy, nº 1.